

Vista general de Olot



El Renacer de OLOT en el siglo XVI

por C. Sala Giralt

A juzgar por el carácter de los monumentos más destacados, Olot aparece como una ciudad hija del Renacimiento. Así es en lo que hace referencia a la «vila nova», construida después de los terremotos de 1427 y 1428 a extramuros de la «vila vella». En cuanto a ésta, tiene raíces más hondas en el pasado. Puede probarse, documentalmente, su existencia en el año 872 en un diploma ⁽¹⁾ que Carlos el Calvo, rey de Francia, expide a favor de Racimiro, abad fundador del Monasterio de S. Aniol Aguges, concediéndole la jurisdicción de Olot. En él consideraba ya como antigua la Iglesia de Sta. María «... locum qui dicitur Olotis cum antiqua ecclesia in honore Sancte Marie fundata».

Cataluña y concretamente nuestra comarca, es rica en monumentos y obras artísticas en todos sus géneros y manifestaciones y puede hacer gala de un pasado artístico glorioso y floreciente en las diferentes etapas de su evolución. Dentro del concierto de pueblos de Cataluña, Olot no podía ser, en manera alguna, un elemento aislado, desconectado de un ambiente que dio acusada personalidad artística a toda una región, provincia y comarca. Tenemos la íntima convicción, la plena certeza de que Olot no podía ser una nota discordante en la armónica sinfonía de rancias bellezas que la rodean.

De la calidad y características de sus habitantes nos habla un pergamino de 1433 ⁽²⁾: «Atendiendo que nos consta que fue villa cerca de murallas y sus habitantes lejos de ser rústicos, eran mercaderes y artífices...». Más aún, puede probarse documentalmente la existencia de artistas, principalmente pintores, de los siglos XIV y XV. ¿Cómo no había de poseer obras artísticas, en todos sus órdenes, un pueblo bien dotado y en un ambiente tan favorable? Sólo la acometida de la adversidad, podía destruir unas realidades y afirmaciones que hoy serían nuestro orgullo: Los seísmos de los años 1427 y 1428. Al conmover cruelmente la tierra, perturbaron intensamente los espíritus con repercusiones y resonancias en el tiempo hasta nuestros días, dejando sumergidas a las generaciones en un mar de interrogantes, de anhelos, de hondo pesar y añoranza hacia un ignorado e intuído pasado; algo que nos mueve y nos induce a hurgar indefinidamente en un pretérito artístico que nos atrae, nos turba, nos seduce e intensamente nos subyuga. ¿Desapareció totalmente la belleza de un pueblo como si un malhadado viento se la llevara para siempre o guardará celosamente la tierra en sus entrañas algún secreto íntimo, algo que podría satisfacer nuestros anhelos? Recordemos que en nuestro Museo Municipal figura una cabeza románica de un

hombre barbudo, tallada en piedra que parece ser un trozo de gárgola, procedente de una excavación de la «vila vella»⁽³⁾. Francisco de Bolós en su obra «Noticia de los extinguidos volcanes de la provincia de Gerona» afirma: «Excavando en una plazuela de dicha villa llamada del Palau cosa de 40 años atrás, se encontraron muchas ruínas del célebre Monasterio de monjes benedictinos que allá había y también en las inmediaciones de dicha plazuela, se han descubierto paredes, tejados, escaleras de piedra, arcos y otras ruínas que confirman lo mismo».

Así como al pasar de la sombra a la luz, ésta aparece más viva, más intensa y deslumbrante, para poder admirar y apreciar en toda su magnitud el ascensional resurgir de nuestro pueblo, la esplendorosa realidad, llena de afirmaciones y promesas del siglo XVI, cabe apoyarla arrancando de los hechos catastróficos que llenaron de duelo, miseria y desolación a toda una comarca del obispado de Gerona, dejándola sumergida en la sombra de la más negra y fatídica adversidad. La villa de Olot, parte integrante de esta desdichada comarca, se sintió herida, maltrecha, desorientada, dolorosamente conmovida al ver como se estremecía y tambaleaba un mundo que hasta entonces había sido su morada, su amable refugio. Los olotenses de aquella generación acababan de despedirse para siempre, de dar el último y desgarrado adiós, a una realidad que al correr del tiempo recordaría como un sueño —un bello y fantástico sueño— forjado por la afanosa e incansable lucha de sus antepasados, desde un pretérito indefinido perdido en la insondable incógnita del tiempo.

En el día 15 de Mayo de 1427, cuando la naturaleza sonreía a la dulce y vivificante caricia de un sol cada día más insinuante, más cálido y esplendente, cuando el paisaje de esta bella tierra en plena primavera, era un estallido de luz, de verdor y de colores, inesperadamente, sintió por primera vez en sus entrañas, la conmoción violenta y cruel de un suelo que movido por poderosas influencias y presiones internas, abandonaba una situación insostenible e incómoda, para tomar nuevas, fatales y destructoras posiciones.

Así el infortunio se abatió sobre nuestra comarca y «vila» sacrificando y engulliendo despiadadamente, edificios, monumentos, obras de arte, progreso y la fortaleza moral de un esforzado y animoso pueblo.

Los Cónsules y Jurados acudieron a la benevolencia y real protección de Alfonso V, el Magnánimo. Esta fue «real», inmediata, eficiente y se dejó sentir a través de tres decretos, en los que ofrecía apoyo moral y material ilimitados a los olotenses en sus personas y en sus bienes: «y para que dicha protección real sea de todos conocida, mandamos a todas las auto-

ridades que requeridas por los cónsules de aquella villa, las hagan publicar a voz de pregonero y hagan poner los pendones reales encima de las murallas, de los edificios y de las torres»⁽⁴⁾.

Dióles asimismo plenos poderes para reconstruir o fundar de nuevo el pueblo, con el mismo nombre de Olot, en el mismo lugar o en lugar distinto y extenderlo a su voluntad.

El paso de otro seísmo, más grave si cabe que el primero, se dejó sentir en el día 2 de febrero del año 1428, derrumbando lo poco que se había rehecho y quedado en pie, dejando a los habitantes de Olot postrados y hondamente abatidos.

Aún contando con la protección real, fueron muchas las dificultades que se opusieron para construir lo que más tarde se llamaría «vila nova», derivadas del Abad de Ripoll, señor



Vista parcial de Olot

feudal del recinto de la «vila vella». Mas al final después de laboriosas gestiones, pudo llevarse a cabo la construcción y pusieron los olotenses tal ardor en su empeño que en el período de 1429 a 1462 fueron 200 las casas que contaba la villa de Olot⁽⁵⁾.

Vino la guerra de los «remensas», el levantamiento de «la gent de la gleba», dirigida por Verntallat y apoyada por la realeza, contra los nobles y la Diputación, y la adversidad vistiéndose con diferente ropaje, hizo su reaparición en nuestro pueblo. Sitios, asaltos, saqueos, incendios y sólo 70 casas⁽⁶⁾, fue el triste y desalentador arqueo de un largo y penoso período de lucha. Noblemente los olotenses pagaron un alto precio a su incondicional fidelidad a la corona que tanto les había favorecido.

Siguieron jornadas de duros sacrificios y animosa lucha, en las que el trabajo y la ple-glaria debieron ir del brazo, estrechamente en-



Alrededores de Olot

trelazadas: así lo demuestran los frutos. Una especie de milagro empezaba a perfilarse en el ambiente. Un pueblo laborioso y decidido iba saliendo de las tinieblas y sin perder el contacto divino, con ánimo centelleante, avanzaba esperanzado hacia la luz. Mientras se iba alejando del mundo de pesadilla que durante tantos años le había aprisionado, crecióronle alas al espíritu divisando nuevos risueños y anchurosos horizontes, repletos de posibilidades y fundadas esperanzas. En menos de tres décadas consiguió una nueva y pujante vida. De la desolación y ruinas del pasado levantó un pueblo nuevo que arrancando de la «vila vella» y como punto de partida la capilla de Ntra. Sra. la Virgen del Tura, generosamente alargaba y extendía sus brazos para abarcar cada vez más amplio y acogedor espacio. Era una afectuosa llamada a los que partieron descorazonados y abatidos sin esperanza de retorno; una entrañable y cordial abrazo a los viejos y queridos amigos; una invitación a los forasteros de dentro y más allá de nuestras fronteras.

Llegamos al año 1545 y la villa de Olot contaba ya con 400 fuegos (7).

La luz del Renacimiento, cuyos primeros fulgores se iniciaron en Italia a mediados del siglo XV, iba prendiendo en los pueblos de Europa, para llegar a nuestras latitudes a los albores del

siglo XVI. Al calor y cobijo de esta luz, encontró su renacer nuestra villa de Olot, viviendo una época dorada de su vida y de su historia, llena de sólidas afirmaciones y halagüeñas esperanzas, hasta llegar a ocupar un lugar predominante en las avanzadas de la vida de nuestra comarca.

Florecieron en su seno un variado plantel de trabajadores y artífices, en las más variadas profesiones y oficios: «teixidors, blanquers, daguers, espasers, paperers, tintorers, paraïres agullers, ferrers, moliners, padrinyalers, esparcenyers...» y entre ellos no podían faltar artistas pintores, escultores y orfebres, los cuales dejaron señales de su arte y de su genio en diferentes capillas, iglesias y santuarios de nuestra vomarca de la Garrotxa.

De ellos tenemos constancia en las decenas de contratos de retablos, encontrados recientemente, después de una búsqueda sistemática y casi exhaustiva llevada a cabo en el Archivo Notarial de nuestra ciudad. La mayoría fueron contratados en Olot, con pintores y escultores de dentro y fuera de la villa y de nuestras fronteras.

Los primeros convenios que me pusieron en contacto con el siglo XVI fueron llevados a cabo el 1.º en Santa Pau en el año 1521 con el maestro Benet, con el encargo de pintar en su

taller de Olot el retablo de S. Juan Bautista y S. Juan Evangelista ⁽⁸⁾; y el 2.º en 1537 en Olot con el pintor olotense maestro Gabriel Palomer por la ejecución de un retablo para la Iglesia «beate Marie de Castalario» ⁽⁹⁾.

A continuación se sucedieron los hallazgos a ritmo creciente, en una búsqueda constante y en alas del afán de resucitar los valores artísticos, firmemente presentidos, de nuestro pueblo.

Puse punto final a una etapa, sobrepasando los límites del siglo XVI y quizá del Renacimiento, con el contrato de 1618 de un retablo esculpado de tercio en relieve, obra del escultor de Ripoll Domingo Casamiras, con destino al Altar Mayor de nuestra iglesia Parroquial de Rupit, en cuyo altar Mayor lo podemos admirar todavía por haberse salvado del desastre en la guerra civil de 1936.

Calificado este retablo, por unos renacentista y barroco por otros, marca quizá un período de transición en que el Renacimiento estaba viviendo sus últimos días con más o menos vigor —según la nación, región o comarca— para dar paso a otro estilo con una concepción distinta y una acusada fuerza expresiva de la forma del relieve y del color.

Lo que era la villa de Olot a final del siglo XVI, queda de manifiesto en una solicitud que el síndico Juan Fiol dirige al Duque de Maqueda, capitán general del Principado en el año 1593, en la que expone y suplica ⁽¹¹⁾. «La vila de Olot situada en la Veguería de Camprodón del bisbat de Girona, es una de les més populosos que sien en Catalunya perquè passa de 1.000 cases y los habitants de ella son molt rics y quisquín any trauen de la bossa de la dita vila tres consols los quals solen anar ab ses «gramalles» y ab molta autoridad. Sols los falta un «verguer» quels acompanye y que tingui compte de moltes coses que entre l'any ocorren per la policia y bona administració de la vila».

No fue una apreciación ilusoria el recuento hecho por el síndico Juan Fiol, puesto que la encontramos confirmada con creces pocos años más tarde, en una carta en la que el Dr. Pedro Quer dice: «...que la vila de Olot passa de mil y doscents fochs» ⁽¹²⁾.

Queda así ampliamente probado el milagroso resurgir, las espléndida realidad evidente y documentada de nuestra villa en el siglo XVI, todo lo cual proclama muy alto mucha grandeza de alma, mucho ánimo y empuje y mucha fe de un pueblo en sí mismo, por haberla puesto sin duda, entera y humildemente en Dios.